Desde la vereda de enfrente

Marcelo Cammarano

Image not found.

Capítulo 1

Durante mi año y medio en Irlanda conocí muchísima gente con hermosas historias, pero la mejor me la contó un uruguayo que vivía allí con su esposa y sus dos hijos desde hacía cinco años. Entré a un bar como cualquier otro en una calle de Dublin porque Peñarol había perdido con Wanderers y necesitaba ahogar mis penas en un bar. Quería sentarme en la barra y tomar algo. Cuando el barman se acercó y le pedí una birra notó mi acento al instante y me preguntó si era uruguayo. Fue allí que me di cuenta que de que él también lo era, porque todo el mundo te pregunta si sos argentino, pero aquel hombre de treinta y tantos años reconoció mi acento sin tener que escuchar un 'ta' o un 'bo'. Al instante entablamos un vínculo patriótico y me invitó la primera birra. Como casi todo uruguayo, amaba el fútbol, por lo que su segunda pregunta fue '¿de qué cuadro sos?' Respondí su interrogante con orgullo y me dijo '¿podrás creer el partido que perdemos hoy?'. ¿Otro manya en Dublin? No daba crédito pero se me infló el pecho. Le conté que venía de la casa de unos uruguayos y esta vez fue él quien no podía creerlo. Comenzamos a hablar sobre nuestra vida en Europa hasta que le pregunté qué hacía trabajando detrás de una barra en Dublin. Me contó sobre su esposa y su trabajo en Dublin, que por ella habían tenido que venirse a Irlanda. Él no había logrado conseguir otro trabajo mejor que ese y por ello era que allí estaba hablando conmigo sobre Peñarol, Uruguay, el mate y todas esas costumbres nuestras que se despiertan más que nunca cuando no estamos en nuestra tierra natal. Di por sentado que sus hijos también eran carboneros y fue allí que me comenzó a contarme la historia de su mujer. Y empezó diciendo:

'Mirá, pibe, la cosa fue así. Yo salía del estadio con una calentura terrible, no sabés, habíamos perdido con Danubio después de ir ganando uno a cero. Encima Nacional había ganado y nos habían sacado tres puntos. Y faltaban tres o cuatro fechas para jugar contra ellos en la antepenúltima, pero significaba que si ellos seguían ganando y nosotros perdíamos puntos podían llegar al clásico con la chance de salir campeón en nuestra cara, inadmisible, pibe.'

Yo lo miraba y veía como iba tomando temperatura en su relato, parecía que estuviese viviendo de nuevo aquel momento. Recordaba cómo eran mis salidas del estadio cuando habíamos perdido. Caminando hasta mi casa con la cabeza gacha, frustrado, enojado, triste, todo junto. Caminaba sin hablar con nadie hasta que llegaba a mi casa y subía al apartamento. Aquel hombre detrás del mostrador sentía lo mismo que yo. Yo asentía con la cabeza cada vez que me decía '¿entendés?'. Entendía perfectamente cómo se sentía. Siguió hablando.

'Esa noche tenía el cumpleaños de una amiga de la facultad, pero yo estaba tan caliente que no quería ir. Recuerdo que Camila me preguntó si iba y cuando le dije que lo estaba evaluando porque no estaba de humor

me amenazó de muerte, me dijo que me cortaba el saludo si no iba por un partido de fútbol. Claro, Cami no tenía ni idea de nada. Jamás entendió lo que es Peñarol, si no sabe ni como es una pelota. De todos modos, le dije que iba a ir. Me había amenazado y con Camila no se jode, pibe. No sabés lo que es esa mujer. Una genia por donde se la mire, pero bravísima, no te la querés cruzar cuando se calienta. Me acuerdo que me dijo que iba a estar lleno de amigas suyas así que podría llorar por Peñarol en el hombro de alguna de ellas. Yo salía de una relación un poco tormentosa y le dije que no quería saber de nada con las mujeres, pero nadie creía eso.'

Mi Guinness llegó a su fin y sin que se lo pidiera colocó otra sobre la barra y la destapó. Agradecí e incliné mi botella a modo de brindis con el aire y bebí un sorbo. De vez en cuando se alejaba para servir a otros clientes, pero siempre volvía hacia mí para seguir contándome su historia. Yo estaba de lo más entretenido. De alguna manera, su manera de relatar me resultaba tan interesante que me hacía ser parte de su historia.

'Esa noche conocí a Ana, en el cumpleaños, en un boliche por ahí. Yo estaba despotricando contra el línea que no había cobrado el offside en el segundo gol de Danubio, para mí claro como el agua, cuando una rubia pasó por delante de nosotros y se inclinó sobre nuestra mesa para tomar un vaso. Clavó sus ojos sobre mí y me pidió que dejara de quejarme de los jueces, que siempre lo mismo con nosotros y que nos fuéramos despidiendo del campeonato. Yo levanté la mirada para verla, casi que con ánimos de discusión. ¿Quién se creía aquella mujer para hablar así de mi y de Peñarol? Pero fue allí que la vi y quedé sin habla. Ella se reía ante mi cara de no entender nada, era obvio que estaba jodiendo, flaco, pero igual, con Peñarol no se jode. Pero no sé, algo me hizo sonreír en lugar de comenzar una acalorada discusión futbolera. Lo único que pude decir, mientras me trancaba para hablar fue que ya los íbamos a agarrar el mes que viene. Ella sonrió, puso cara de no nos ganan ni locos, y se fue. Yo quedé como loco, pibe, viste como es. La rubia me dejó rabiando, pero totalmente estúpido. Me pasé todo el cumpleaños hablando con ella, conociéndola. Ella me tomaba el pelo con que éramos un desastre y yo me dejaba boludear. Porque ta, así somos nosotros, muy machitos hasta que una mina nos da vuelta y quedamos como unos boludos.'

Yo pensaba en Paula y en cuanta razón tenía aquel hombre. Los hombres somos así. De la nada aparece una mina, te da vuelta y te derrumba el castillo de naipes. No me había pasado nunca que se me mezclaran con el fútbol. Mis parejas siempre habían sido de Peñarol, y las que no eran lo terminaban siendo gracias a mi insistencia. Yo hacía un experimento; las hacía acompañarme al estadio, y si todavía querían estar conmigo, significaba que valían la pena, porque yo en el estadio sacaba la peor versión de mí, la del barrabrava, el boca sucia, el imbécil que se pone loco por un partido de fútbol.

La gente entraba y salía del bar. Ya estaba bastante entrada la noche, pero quería seguir escuchando su historia. A fin de cuentas, ¿cuántas veces te va a pasar que estando en Irlanda te cruces con un uruguayo hincha de Peñarol con una interesante historia que contar. Y a decir verdad, ya estaba un poco cansado de hablar en inglés. Quería hablar un rato en uruguayo, ni siquiera en español, en uruguayo.

'Empezamos a salir a los pocos días. La cosa iba bárbara, salvo cuando llegaba el fin de semana. La misa de todos los domingos, ir a la cancha a ver a Peñarol. Por dos horas, yo me olvidaba de todo y me plantaba en la Olímpica, en el anillo de arriba, contra la Amsterdam, ¿ubicás? Bueno, allá iba yo, todos los partidos, con tres amigos igual de enfermos. La cosa no venía bien. Empatamos con Liverpool siendo un desastre. Empatamos porque no tenían nada, pero merecimos perder. Fijate que yo había quedado en ir a cenar con Ana aquella noche y no quería ir para que no me boludeara, porque Nacional había ganado dos a cero, cómodo, a Racing. No sabés como me sobraba la flaca. Te juro que me las bancaba todas porque era ella nomás, porque era insoportable. Pero se reía y a mí se me iluminaba la cara, pibe, te lo juro por Dios. Bueno, la cosa siguió viento en popa y llegaba el clásico. Estábamos más enganchados que no sé, no sabés lo que era, yo estaba estúpido por la mina. Un día me dice que me quería hacer una apuesta. Si Nacional ganaba la fecha previa al clásico, tenía que ir con ella a ver el clásico, pero del lado de Nacional. En esa época la Olímpica era compartida, pero igual, si sos manya te tirás para la Amsterdam y si sos bolso para la Colombes. Si le decía que no, me diría que no confiaba en mi equipo, pero si le decía que sí, cabía la chance de que Nacional jugara el clásico con la chance de ser campeón si ganaba. Yo ya había hecho las cuentas, flaco. Todo el tiempo las hago. Nos llevaban cinco puntos en la tabla. Faltaban tres fechas. Si nos ganaban nos sacaban ocho y eran campeones porque iban a faltar solo seis puntos por jugar. Y a mi haceme lo que quieras, pero comerme una vuelta en la cara y encima del lado de ellos era inadmisible. '

Yo ya iba como por la cuarta birra. Con todas había hecho lo mismo. Les iba arrancando la etiqueta con las uñas. Siempre me pasa cuando estoy metido en algo. En una historia, generalmente. Quería saber cómo había terminado aquello. Que había pasado con él y Ana. Trataba de imaginar en mi cabeza una situación así. Que haría yo si estuviese en ese lugar. Que hubiese hecho si era Paula quien me apostaba aquello. Pobre barman, cuyos zapatos jamás hubiese querido ponerme, aunque me quedarían enormes, el hombre estaba gigante. Luego de atender a una pareja que pidió dos gin-tonic volvió hacia mí.

'Lo que hice no me enorgullece demasiado, pero accedí. Un poco por creer en mi cuadro y otro poco por no quedar como un cobarde frente a Ana. Llegó el partido y Nacional le gana dos a uno a River en la hora, con un gol medio metro en offside. Yo me quería matar. Próximo domingo, clásico, cinco puntos abajo y tenía que ir a verlo del lado de estos

muertos. Encima si nos ganaban eran campeones. Me suena el celular y era ella. Decía algo así como que las apuestas se cumplen y que me pusiera contento, porque iba a ver una vuelta de cerca. Me acuerdo que ni le respondí de lo caliente que estaba. No sabés como me pasé toda la semana, pibe. No te hacés una idea. Contarle a mis amigos lo que había pasado fue tortuoso. Me miraban sin poder creerlo. Me retiraron el saludo por un par de días. Yo sabía que lo hacían solo para molestarme, pero no sabés como me rompía las pelotas eso. A Ana ya la conocían y se llevaban bárbaro, pero aquello no lo perdonaban. Me dijeron que le iban a retirar el saludo a ella también. Que eso no se hace, me decían. Y tenían razón. Pero bueno, no quedaba otra. Las apuestas se pagan. Tenía que ir al clásico con Ana y a bancarme una posible vuelta olímpica. Lo único que me mantenía de pie era imaginar las caras de esa gente cuando perdieran y no pudieran dar la vuelta. Porque las iba a ver de cerca, y en mi cabeza era perfecto. Pero me sentía un traidor. De los peores. No tenés idea, pibe.'

¿A la hinchada de Nacional en un clásico? Yo pensaba que este tipo era medio loco, pero ahora lo estaba confirmado. Imposible hacer una cosa así, no podría soportarlo. Pero bueno, quizá lo que él tenía con Ana era tan fuerte que yo ni siquiera podía imaginarlo, pero no le encontraba la vuelta. El bar ya estaba casi que por cerrar. La poca gente que quedaba ya se estaba empezando a levantar. Incluso yo debía irme a mi apartamento, pero quería escuchar el final. Quería cerrar esa historia.

'Llegó el domingo y ahí estaba yo, muerto, pero con confianza en Peñarol. Habíamos quedado en encontrarnos en el reloj de la olímpica a las tres y veinte. Se me hizo un poco tarde, pero tres y media estaba llegando. Lleno de camisetas de los dos cuadros invadían los alrededores del estadio. Yo no había llevado camiseta. Caminaba tranquilo rumbo al punto de encuentro. Y no sabés lo que pasó, guacho. Cuando estoy llegando al reloj, la veo, parada esperándome. Me acercó y la saludo sin ganas, se me notaba la calentura que tenía, además de los nervios típicos de cualquier clásico. Ella estaba a las risas, no sabés como la estaba gozando la rubia, la quería matar a la flaca. Cuando voy a enfilar para la puerta de la olímpica veo que no se mueve, solo se ríe. Le digo que no me la haga más difícil, que se deje de reír, que ya estaba demasiado nervioso como para bancarme más boludeadas. Y en eso hace la cosa más inesperada del mundo. Algo que jamás pensé que podía pasar. No lo creía. Abre el cierre de la campera que llevaba y me muestra la camiseta más linda del mundo. Los bastones amarillos y negros aparecieron y te juro que se pusieron los ojos llorosos. No entendía nada. ¿Qué estaba haciendo? ¿Ana con la camiseta de Peñarol? Se largó a reír y me abrazó. Dale, vamos para adentro, ya arreglé con tus amigos y nos guardaron dos lugares en el tercer anillo, contra la Amsterdam, me dijo. Yo seguía sin entender nada. Me mira y me dice, quería saber qué eras capaz de hacer por mí, pero te aseguro que soy igual de manya que vos. Y además, me gusta molestarte.

Aquel día perdí un clásico, pero gané algo mucho más importante. Me gané una compañera para toda la vida.’